



El nacimiento de Dios en el fondo del alma

Breves reflexiones de los místicos
renanos para Adviento y Navidad

Fray Julián de Cos, O.P. (ed.), Salamanca 2012





Contenido

PRESENTACIÓN.....	3
CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO Y DE DIOS.....	4
Tipos de «sí mismo».....	4
Conocimiento de la voluntad de Dios	5
El peligro del racionalismo.....	5
MADURACIÓN ESPIRITUAL	6
Inmadurez	6
Lo que hace bueno al ser humano	6
El «hombre interior».....	7
BÚSQUEDA	9
Tipos de búsqueda	9
Búsqueda interna	9
Búsqueda pasiva	9
Entrar en lo más hondo.....	10
Necesitamos una Luz que nos guíe	12
Caminos hacia Dios	13
DESASIMIENTO.....	15
Crisis espiritual.....	15
Recogimiento.....	17
Renuncia	18
Humildad	21
Desasimiento en la vida activa	25
UNIÓN CON DIOS.....	26
El fondo del alma.....	26
El nacimiento de Dios en el fondo del alma.....	27
«Divinización»	29





Presentación

Les ofrecemos una pequeña recopilación de textos espirituales que pueden ayudar a vivir interiormente el Adviento y la Navidad. Como indica el título, tratan sobre el nacimiento de Dios en el fondo del alma y los hemos tomado de los autores que mejor han hablado sobre este tema: el Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327), Enrique Susón (ca. 1295-1365) y Juan Tauler (ca. 1300-1361), tres dominicos alemanes que predicaron en la zona del Rin a comunidades de monjas dominicas y de beguinas. Son los llamados «místicos renanos». Desgraciadamente, su mística apenas es conocida ni siquiera dentro de la Familia Dominicana.

Dado que esta recopilación no tiene una finalidad académica ni científica, sino puramente espiritual, nos hemos tomado la libertad de modificar los textos con el fin de facilitar su comprensión –sin alterar su contenido–.

Para aprovecharlos espiritualmente, es muy recomendable leerlos en el orden en el que aparecen y poco a poco, haciendo diariamente *lectio divina*, dejando que toda la persona asimile pausadamente su contenido más profundo, para después poder hacerlo vida en el día a día cotidiano.

Los textos los hemos tomado de estas cuatro obras:

MAESTRO ECKHART, *Obras Alemanas. Tratados y sermones*, Edhasa, Barcelona 1983. Edición de Ilse M. de Brugger.

ECKEHART, *El libro del consuelo divino*, Aguilar, Buenos Aires 1955. Edición de Alfonso Castaño Piñán.

BEATO ENRIQUE SUSÓN, *Obras*, San Esteban, Salamanca 2008. Edición de Salvador Sandoval.

JUAN TAULER, *Obras*, FUE, Madrid 1984. Edición de Teodoro H. Martín.

Esperamos que esta breve recopilación sirva de aliciente para seguir conociendo la mística renana.





Conocimiento de sí mismo y de Dios

TAULER, SERMÓN SOBRE 1 P 4,7 –V23– (MARTÍN 273)

Si alguno ignora cómo prepararse a la venida del Espíritu Santo, san Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, claramente y con toda precisión nos enseña diciendo: «*Sed prudentes*» (1 Pe 4,7).

En nuestro lenguaje corriente «prudencia» significa, más que el conocimiento intelectual, un conocer por experiencia. Quiero decir, cuando un hombre ha practicado un oficio muchas veces a conciencia resulta un experto. Lo posee a fondo con destreza. Es así como san Pedro con estas palabras quiere decirnos que tengamos experiencia de nosotros mismos, es decir, que debemos cuidadosamente examinar a la luz de nuestra virtud de discreción todo cuanto hacemos y omitimos en cada cosa: lo que buscamos, lo que por el amor e intención proseguimos, si en realidad es puramente por Dios o por otros motivos. Así llegaremos a familiarizarnos con la realidad que nos ocupa.

Tipos de «sí mismo»

SUSÓN, DIÁLOGO DE LA VERDAD, V (SANDOVAL 499-500)

Todo hombre tiene cinco grados del sí mismo.

- El primero le es común con las piedras y se llama simplemente «ser»;
- un segundo que le es común con las plantas y consiste en crecer o vivir;
- un tercero que le es común con los animales y es sentir;
- un cuarto que le es común con las demás personas y radica en la misma naturaleza humana racional, en la que todos los seres humanos son uno;
- y un quinto que le pertenece a cada uno en propiedad y es su misma persona según su sustancia y sus atributos accidentales.

¿Qué es, según esa distinción, lo que aparta al ser humano de su salvación eterna? Es el último sí mismo, aquel por el cual la persona, en lugar de volver a Dios, se aparta de Él y se vuelve hacia sí.

Aquí el ser humano, según su extroversión, hace de sí mismo su propio «yo», y en su ceguera se usurpa a sí mismo y se apropia de lo que es de Dios, derramándose en las criaturas y cayendo poco a poco en el pecado.





Conocimiento de la voluntad de Dios

SUSÓN, CARTA A UNA RELIGIOSA SOBRE EL CAMINO QUE CONDUCE A LA PAZ (SANDOVAL 566).

Cuando buscamos la Verdad, lo mejor para un alma sedienta de Dios es, a mi juicio, conocer qué quiere Dios de ella, cómo puede complacerle y cómo debe gozar de las delicias de su amor y de su intimidad.

Un alma encendida en amor a Dios, si conoce clara y distintamente cuál es la voluntad de Dios en una determinada situación, es capaz muchas veces de jugarse la vida por Él.

Este deseo de hacer la voluntad de Dios fue lo que empujó al patriarca Abrahán a dejar su tierra y sus parientes, aunque no sabía exactamente a dónde le llevaban sus pasos (cf. Ex 12,1-4).

Él buscaba a Dios yendo lejos, para encontrarlo junto a sí.

El peligro del racionalismo

TAULER, SERMÓN SOBRE EF 4,8 –V19– (MARTÍN 268)

Ciertas personas caen profundamente en la cautividad del racionalismo. Corrompen la gracia y dones de Dios que deberían nacer en su espíritu. Se enorgullece con ello la razón.

Sea lo que fuere, verdades divinas o enseñanzas humanas, cualquier cosa que comprendan o de que sepan hablar, lo hacen por ostentación.

Nada ponen por obra ni tampoco lo viven en sí mismos. Incluso los adorables ejemplos que nos ha dado Nuestro Señor Jesucristo los ven sólo a la luz del propio entender.

TAULER, SERMÓN SOBRE EF 4,8 –V19– (MARTÍN 269)

La luz natural se proyecta hacia fuera: orgullo, complacencia, alabanzas que otros le tributan, disipación de sentidos y del corazón.

En la luz divina, en cambio, hay tendencia a guiar al hombre hasta el fondo, le hace verse pequeño, el más vil, el más débil y ciego. Y con razón, porque si hay en ellos algo de valor todo les viene de Dios. Esta luz se expande por dentro, no hacia fuera. Busca siempre el fondo interior de donde ha brotado y presiona para volver hacia él.

Finalmente, quienes han conseguido esta luz orientan su vida hacia dentro; sus esfuerzos hasta la raíz.

De aquí que haya tanta diferencia entre quienes estudian la Escritura sólo para dar conferencias y recrearse en su ciencia y aquellos que la hacen vida propia.

Los que se contentan con ser profesores buscan sobre todo los honores con menosprecio de aquellos que lo viven [...]

Pero éstos que realmente viven las Escrituras se sienten pecadores y son misericordiosos con todos.





Maduración espiritual

Inmadurez

TAULER, SERMÓN SOBRE IS 9,5 –V1– (MARTÍN 216)

Dicen que el hijo criado en casa, fuera de ella es un becerro. El proverbio tiene aquí perfecta aplicación. Quienes no han salido de sí mismos obedecen sólo a impulsos naturales, sentimientos y emociones, según lo que ven y lo que oyen.

Son incapaces de comprender lo que no está a su alcance, viven el mundo de las impresiones. Esta gente carece de inteligencia para cosas más altas, para lo divino. Son en realidad como vacas y becerros. Tienen el fondo del alma como una mina de hierro en la montaña: ni un rayo de luz la alcanza.

Su sensibilidad esta embotada, carecen de imaginación, impermeables a todo, en realidad no saben nada. No han salido de su casa. El nacimiento de Dios en el alma no les dice nada.

El Señor ha dicho: *«Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda, por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna»* (Mt 19,29).

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 16,28 (SANDOVAL 610)

A los párvulos, en la escuela, se les lee una y otra vez la misma palabra, hasta que la retienen perfectamente. De igual modo, el principiante espiritual debe renunciar a sí mismo y abandonarse una y otra vez, y decir: *«De nuevo dejo el mundo»*, esto es, todo lo caduco.

Por la mañana, nada más levantarse, elevará sus ojos a Dios y dirá: *«¡Oh amado y sumo Bien, mi Señor y mi Dios! En este nuevo día quiero empezar de nuevo, por amor a Ti, una vida de renuncia a mí mismo y a todo lo caduco»*.

Así debe el principiante abandonarse hasta mil veces al día, si mil veces se encuentra.

Este abandono es la suma de la perfección.

Lo que hace bueno al ser humano

TAULER, INSTITUCIONES, XXVII (MARTÍN 525-526)

Tres cosas son las que hacen bueno al ser humano.

La primera es la pureza del corazón, cuando no le acusa la conciencia de pecado mortal. Por tanto, quien desea ser de veras bueno, debe examinar y mirar con mucho discernimiento desde el momento en que pudo pecar, y después ha de limpiar su alma de todas las culpas, confesándolas a Dios y al sacerdote.

La segunda es que cumplidamente obedezca a Dios y a la Santa Iglesia y a la recta razón, porque a estas tres cosas es necesario tener pronta y voluntaria obediencia. Quien hace lo cual vivirá sin preocupación y temor, y sin que su conciencia le reprehenda por dentro.





Textos de espiritualidad dominicana

La tercera es que en todas sus obras principalmente ha de pretender la honra divina. Y, si por ventura, estando impedido o distraído en la muchedumbre de obras, no pudiere tener siempre a Dios delante de los ojos, a lo menos tendrá tal afición y disposición que deseará vivir conforme a la voluntad de Dios.

Estas tres cosas así guardadas hacen bueno al ser humano. Y a quien una de ellas faltare, tenga por cierto que aún no ha llegado a ser bueno ni a poseer la gracia de Dios.

Y en cualquier momento en que alguno determinare en su corazón cumplir estas tres cosas –dado que antes era malo–, en el mismo momento se hace bueno y capaz de Dios y de su gracia.

El «hombre interior»

TAULER, INSTITUCIONES, XXVII (MARTÍN 526-527)

Pero si este hombre bueno quiere pasar adelante a ser espiritual, requiere que sepa estas tres cosas:

- La primera es que limpie su corazón de todas las malas imágenes.
- La segunda que goce de libertad de espíritu.
- La tercera que sienta dentro sí que anda junto a Dios.

TAULER, SERMÓN SOBRE MT 11,30 –V6– (MARTÍN 238-239)

El «hombre interior», noble y puro, procede del nobilísimo fondo de la divinidad, a imagen de Dios.

A este fondo y origen la persona está siempre invitada, llamada y atraída a participar de todo el bien que por naturaleza hay en aquel delicioso y noble abismo, que la persona puede alcanzar por la gracia.

Será feliz quien descubra, reconozca y contemple a Dios dentro de sí, y se ahonde él a sí mismo con Dios permaneciendo escondido allí.

Aunque el hombre haya vuelto hacia fuera el rostro de su alma, alejándose de este íntimo cielo, se sentirá siempre atraído por él con tal inclinación que nunca podrá separarse del todo.

No puede hallar reposo, porque la insatisfacción de todas las criaturas de fuera sirve de llamada al interior. Sin que él lo advierta, el mismo bien divino le está llamando a su reposo, pues Él es su destino.

Todas las cosas descansan cuando llegan a su centro natural, como la piedra en la tierra, el fuego en su esfera sobre el aire, y el alma en Dios.

¿A quién resulta suave este yugo? ¿Para quién es placentero tirar de él y arrastrarlo? Sólo a quien vuelve hacia dentro, al hondón purísimo de Dios, habiendo dado la espalda a todas las criaturas.





Textos de espiritualidad dominicana

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 15,8 –V37– (MARTÍN 292)

Si fueses un hombre bien ordenado en ti y totalmente confiado en las manos del Señor, jamás habría cosa mejor para ti. Nada podrías soñar más provechoso que las visitas con que Dios viene a buscarte.

Créeme, eso te bastaría; experimentarías paz sin igual. Como Él quiera, en ceguedad, oscuridad, frialdad o fervor, pobre, en escasez o en abundancia.





Búsqueda

Tipos de búsqueda

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 15,8 –V37– (MARTÍN 289-290)

La búsqueda es «activa» cuando es el hombre quien busca; «pasiva» cuando es buscado.

La activa a su vez es doble: externa e interna. Ésta última sobrepasa a la exterior cuanto el cielo dista de la tierra. Son muy diferentes.

Búsqueda interna

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 15,8 –V37– (MARTÍN 290)

La búsqueda interna es muy superior a la externa. Consiste en que el ser humano entre en su propio fondo, en lo más íntimo de sí mismo, y busque al Señor de la manera que nos ha sido indicada cuando Él dijo: «*El Reino de los cielos está dentro de vosotros*» (Lc 17, 21).

El que quiere encontrar el Reino –que no es otro que Dios con todas sus riquezas, y su propia esencia y naturaleza– le debe buscar donde se halla, es decir, en el fondo más íntimo, en el profundo centro, donde Él está mucho más íntimamente junto al alma, mucho más presente que ella lo es a sí misma. Este fondo debe ser buscado y encontrado.

Debe la persona entrar en esta «casa» renunciando a sus sentidos, a todo lo que le sea sensible, a todas las imágenes y formas particulares que los sentidos le hayan dejado impresas. A todas las impresiones de la imaginación y sentidos. Sí: incluso hay que sobrepasar las representaciones racionales –operaciones de la razón– que siguen las leyes de la naturaleza y la propia actividad.

Búsqueda pasiva

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 15,8 –V37– (MARTÍN 291)

Entrar en esta «casa» no consiste en penetrar alguna que otra vez, para salir enseguida y ocuparse de las criaturas. Es revolver y estremecer toda la casa. Es la acción por la cual Dios busca al ser humano.

Todas las representaciones, todas las formas de cualquier género que fueren, por las que Dios se hace presente, desaparecen por completo cuando Dios llega a esta casa, en este fondo interior. Todo eso es desechado como si jamás lo hubiese poseído. Ideas y luces particulares; lo que hubiere sido manifestado o dado al hombre; lo que hasta ahora había gustado. Todo cae cuando el Señor entra de este modo buscando al alma.

Si la naturaleza puede soportar este derribo siete veces setenta, día y noche; si el hombre pudiese pasivamente recibir la divina operación que así dispone, progresaría mucho más que cuanto pueda captar por su inteligencia y por todas las luces que pudiera él conseguir.





Textos de espiritualidad dominicana

En este derrumbamiento, el hombre que se abre dócilmente, receptivo de la divina operación, sube más alto de cuanto pudiera imaginar. Por encima del grado adonde pueden conducirle las obras, las prácticas o buenas intenciones que hayan sido jamás imaginadas o inventadas.

Sí, aquellos que llegan hasta aquí, ciertamente, se transforman en los más amables de todos. La intimidad con Dios les es tan fácil que pueden, en un abrir y cerrar de ojos, cuando lo desean, replegarse en su interior trascendiendo sus naturales impresiones.

Entrar en lo más hondo

TAULER, SERMÓN SOBRE JN 3,11 –V60 D– (MARTÍN 284. 285)

Tenéis tanto que hacer, siempre ocupados en cosas exteriores, esto y lo otro, de acá para allá. Totalmente a la zaga de los sentidos. No puede tener cabida aquí el testimonio del que habla el Señor: «*Lo que nosotros hemos visto y oído os los anunciamos*» (1Jn 1,3).

Es un testimonio que tiene lugar en el fondo del alma puramente, sin imágenes, allí donde el Padre Celestial engendra al Hijo, donde las relaciones divinas se realizan cien mil veces más a prisa que un abrir y cerrar de ojos, en la mirada de una eternidad siempre nueva, con indescriptible fulgor.

Si alguien desea experimentarlo, que entre dentro de sí, mucho más allá de las facultades interiores en acción. Renuncie a toda impresión de fuera y suméjase en el fondo [...]

Mis amigos, siendo así las cosas, permaneced en vosotros mismos, y acatad el testimonio con toda diligencia. Esto será vuestro gozo.

Has descendido a lo largo del Rin con deseo de ser un hombre pobre. Pero si tú no bajas al fondo de ti mismo en completa sumisión al Espíritu Santo, no será por tus obras exteriores como tú lo vas a conseguir.

Si has vencido al «hombre exterior», vuelve a tu interior, entra en ti mismo y busca el fondo. Nunca lo hallaras fuera, en las cosas, en tal o tal manera de actuar ni en las reglas exteriores.

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 227)1

Hay, pues, que buscarle con toda avidez, mientras está escondido. «Palabra escondida» (cf. Sb 18,14-15), dice el Sabio.

¿Por qué escondida? Para que suspiremos por Dios y le anhelemos de todo corazón.

¹ Teodoro H. Martín ha atribuido erróneamente este sermón a Juan Tauler.





Textos de espiritualidad dominicana

TAULER, SERMÓN SOBRE JN 3,11 –V60 D– (MARTÍN 286)

Ante todo, busca pura y exclusivamente a Dios en todas las cosas. Busca su gloria y nada de tu interés personal.

En segundo lugar, en todas tus palabras y obras, ten diligente cuidado de ti mismo, considera constantemente la profunda nada que tú eres y luego no dejes un instante de poner tus ojos en el tesoro escondido que en ti llevas.

En tercer lugar, no te metas en lo que no te pertenece. Recógete en lo profundo y no salgas de allí. Escucha la voz del Padre que se deja sentir dentro de ti. Te llama en Él. Y te da tal ciencia que podrás responder a las cuestiones de todos los sacerdotes de la Iglesia.

¡Son tan claras las luces en el interior de la persona iluminada...!

TAULER, SERMÓN SOBRE JN 3,11 –V60 D– (MARTÍN 287)

Si te olvidas de lo que hemos hablado aquí prolijamente, recuerda siempre dos cosas:

Primero, sé humilde puramente y a fondo, interior y exteriormente, no sólo en apariencia y con palabras, sino en verdad y con plena convicción de inteligencia. Que seas «nada» a tus ojos en el fondo de tu alma, sin disimulo de ninguna clase.

En segundo lugar, ten un verdadero amor a Dios, no eso que llamamos «amor conforme a los sentidos». Sino un amor a fondo, el amor a Dios en lo más interior que sea posible. Este amor no es la simple atención exterior y sensible, sino la intención contemplativa, radicada en lo más hondo de la propia voluntad: algo así como el cazador centra su atención al disparar.

TAULER, SERMÓN SOBRE JN 3,11 –V60 D– (MARTÍN 285)

Tenemos aquí el testimonio: «*El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios*» (Rm 8, 16).

De nosotros mismos viene el testimonio, como lo dice la Epístola de san Juan. En este cielo, es decir, el cielo interior, hay un «*triple testimonio*» (1 Jn 5,7) el Padre, el Verbo y el Espíritu, que aseguran al justo el ser hijo de Dios. Ellos lucen en el fondo, de donde viene el testimonio.

TAULER, SERMÓN SOBRE JN 3,11 –V60 D– (MARTÍN 283)

Lo dice claramente el Señor: «*El Reino de Dios ya está dentro de vosotros*» (Lc 17, 21). Es decir, en lo más profundo, en el centro mismo del hondón del alma, más allá de toda operación de las potencias mentales o actividad de las facultades superiores.

De él nos dice el Evangelio: «*...hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio*» (Jn 3, 11).





Necesitamos una Luz que nos guíe

TAULER, SERMÓN SOBRE MT 2,2 -V4 Y V3- (MARTÍN 230)

«Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo» (Mt 2,2).

Mientras el alma está empleada con fervor en esta búsqueda, una estrella se levanta ante sus ojos. Es decir, el fulgor de la gracia, luz divina. Eso es la estrella: algo que brilla. Luz que habla al corazón indicándole el lugar del divino nacimiento, que la razón por sí sola nunca podría descubrir.

Hay personas que se empeñan en comprender y disfrutar del nacimiento por sus meras luces naturales. Nunca progresarán en perfección y corren el riesgo de extraviarse. No es posible al alma penetrar por sus fuerzas y descubrir el misterio. Es preciso que la misma luz irradiada por el Verbo nos guíe hasta ver qué es y dónde está.

TAULER, SERMÓN SOBRE MT 2,2 -V4 Y V3- (MARTÍN 231)

Si pudiese la sensibilidad transformarse en razón y ambas en espíritu, el color negro pasaría a ser amarillo y luego todo blanco en pura simplicidad. Éste es el punto donde brilla la luz: fuera de aquí en ninguna parte. Cuando esta luz pura nos penetra, toda imagen, forma y figura se disipan. Entonces aparece claramente el divino nacimiento.

En esta vida, el cielo del espíritu es oscuridad natural. Si de pronto quedase totalmente iluminado por un sol de luz pura, las candelitas de la imaginación serían imperceptibles en semejante mar de luz. Ocurre así cuando el alma es deslumbrada por aquella luz fulgurante. Se desvanece toda imagen, las formas sensibles se eclipsan y se extinguen junto con otras luces naturales.

La estrella que guió hasta el nacimiento del Salvador no era natural como las otras que cuelgan de los cielos.





Caminos hacia Dios

ECKHART, PLÁTICAS INSTRUCTIVAS, 17 (BRUGGER 122).

En absoluto las personas son llamadas a recorrer el mismo camino hacia Dios, según dice san Pablo (cfr. 1Co 7,24).

SUSÓN, CARTA A UNA RELIGIOSA SOBRE EL CAMINO QUE CONDUCE A LA PAZ: ECLO 24,11
(SANDOVAL 567-568)

Pues algo parecido en su unidad y diversidad puede apreciarse entre los amigos de Dios, que participan del mismo Sumo Bien. Algunos corren espiritualmente por sendas de una gran austeridad; otros se apresuran a avanzar por el camino del desapego de todo lo creado, y no faltan quienes alzan el vuelo con las alas de la más alta contemplación, según el modo en que cada uno de ellos es atraído por Dios.

Ahora bien, ¿cuál de estos caminos es el mejor y más provechoso?

Las Sagradas Escrituras no lo aclaran, y tampoco es fácil saber qué resultaría más útil y conveniente para cada uno en particular. El Apóstol, Pablo, dice que lo mejor es probarlo todo (cf. 1Ts 5,21). En san Gregorio se lee que lo mejor es experimentarlo por sí mismo; y Dionisio escribe que lo mejor es ser iluminado por la luz divina. En realidad, todas y cada una de estas cosas son de gran ayuda para la persona a la hora de alcanzar la paz y la quietud de espíritu.

La ascesis corporal, por ejemplo, aporta su grano de arena, a condición de que no sea desproporcionada; pero es el abandono a la voluntad de Dios altísimo y omnisciente lo que protege al ser humano frente a todo peligro y le permite gozar en todas las situaciones, ciertas e inciertas, de una paz verdadera en todas las cosas, si de todas se sirve con rectitud y orden.

En cierta ocasión, a una persona que había emprendido una obra por gloria de Dios le preguntaron si estaba seguro de que actuaba según la voluntad de Dios, y ella respondió: «La verdad es que no lo sé, pero tampoco tengo interés en saberlo. Prefiero ignorarlo, pues, si lo supiera, mi espíritu experimentaría una satisfacción excesiva, y yo debo actuar como si estuviera muerto».

Un sabio no debe sacrificar su interioridad en aras de las ocupaciones exteriores, ni tampoco rechazar las ocupaciones exteriores para preservar su interioridad.

El verdadero sabio, durante la actividad exterior ocupará su espíritu con santos deseos, de modo que no le cueste mucho recogerse de nuevo en su interior; y, a su vez, en sus ejercicios interiores mantendrá su espíritu tan desprendido que pueda atender cualquier asunto exterior que le reclame, cuando el tiempo y la razón lo pidan. Así, saldrá y entrará, y en todo tendrá paz, como dice el Sabio (cf. Eclo 24,11); y en ambos aspectos de la vida su alma hallará «buen pasto», como dijo el Salvador (cf. Jn 10,9).





Textos de espiritualidad dominicana

ECKHART, PLÁTICAS INSTRUCTIVAS, 10 (BRUGGER 106).

Si una persona se hallara en un arrobamiento tal como lo estuvo san Pablo (cf. 2Co 12,2-4), y supiera de un hombre enfermo que necesitara de ella una sopita, yo consideraría mucho mejor que, tú, por amor, renunciaras al arrobamiento y socorrieras al necesitado con un amor más grande.

Esta persona no debe pensar que al proceder así pierde alguna gracia, pues aquello que ella deja voluntariamente por amor, lo recibirá en forma mucho más noble.





Desasimiento

ECKHART, EL LIBRO DEL CONSUELO DIVINO (CASTAÑO 86-87).

Dice el Hijo de Dios en el Evangelio de san Juan: *«Te pido que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado»* (Jn 17,21).

Aquí, Nuestro Señor Jesucristo rogó a su Padre que pudiésemos nosotros hacernos uno con Él y en Él, y no sólo unidos, sino un único uno.

Para estas palabras y esta verdad, tenemos también una señal visible y exterior, una clara prueba en el fuego. Cuando el fuego prende en el leño y éste se inflama y se convierte en ascua, lo consume y lo transforma totalmente con respecto a su apariencia anterior, le quita la aspereza y su frialdad, su peso y su humedad y lo hace cada vez más semejante a su misma naturaleza de fuego.

Pero no se extinguen ni se satisfacen o acallan la leña ni el fuego con el logro de un cierto calor o con una llama mutua; es preciso que el fuego nazca del mismo leño y le comunique su propia naturaleza, su propia esencia, de modo que todo sea un fuego homogéneo y cada vez más indistinto, de modo que desaparezca entre ellos hasta la más pequeña diferencia.

Antes de alcanzar este punto hay un rugir y pugnar, un chisporroteo y una lucha entre el fuego y el leño. Entonces el fuego se torna tranquilo, se extingue y el leño desaparece.

Crisis espiritual

TAULER, SERMÓN -V40- (MARTÍN 354)

Los que desean que Dios nazca en su alma están puestos aquí para avanzar por el camino estrecho, lleno de tinieblas y de desolación. Experimentan una opresión insoportable que no pueden evitar. De cualquier parte que vuelvan no hallarán más que miseria profunda, desolación, desesperación, tinieblas. Deben entrar muy decididos y abandonarse en el Señor por este caminar, tanto tiempo como Él quiera.

El Señor los deja allí como si desconociera las angustias de esta gente. Sufren entonces un vacío insoportable y ansiedad. Es necesario, sin embargo, soportarlo todo en abandono. Se puede decir de esto que es una «conversión esencial», la cual recibirá como mínimo una recompensa esencial. A las otras conversiones corresponde solamente una recompensa accidental.

Escribe santo Tomás a este propósito que a todas las grandes obras exteriores, por grandes que sean, mientras no pasen de obras exteriores, no les corresponde más que una recompensa accidental.

TAULER, SERMÓN SOBRE 1 P 4,7 -V23- (MARTÍN 275)

Debemos estar, además, prevenidos sobre esto: la persona que busca puramente a Dios experimenta a veces cierta angustia y tristeza. Teme que sus esfuerzos y trabajos son perdidos. Esto proviene a veces del temperamento melancólico, del clima o de las impresiones ingratas. También del «enemigo», que busca por todos los medios turbar la paz de personas tan nobles.

Hace falta entonces armarse de paciencia.





TAULER, SERMÓN SOBRE LC 15,8 –V37– (MARTÍN 292)

Cuando las personas rebeldes al divino abandono caen en hondas pruebas y son bien trituradas por la fuerte mano del Señor, creen que todo se ha perdido. Sufren graves y duras tentaciones, terribles en la duda, tristeza y temor. «No, Señor –dicen ellos– todo está perdido. Me siento privado de toda luz y gracia».

TAULER, SERMÓN SOBRE DT 6,4 –V60– (MARTÍN 210-211)

Que el hombre considere seguidamente el inexpressable misterio de Dios del que ha dicho el Profeta: «*Verdaderamente, tú eres un Dios escondido*» (Is 45,15).

Está en todas las cosas oculto, de manera más profunda que ninguna lo es a sí misma. Está en el fondo del alma, oculto a todos los sentidos y totalmente desconocido en lo más hondo.

Adéntrate allí con todas tus facultades, lejos de pensamientos definidos; olvida tu inclinación a exteriorizarte. Él está más dentro, como extraño al alma y a toda la intimidad de la vida interior.

Por supuesto allá no puede llegar el «animal» que no vive más que para los sentidos, ni tiene conocimiento ni sentimiento ni conciencia. Sumérgete, ocúltate en el misterio de Dios, bien lejos de toda criatura.

Esto no se hace por vía de imaginación o de pensamiento determinado, sino de manera esencial únicamente, actuando las facultades y toda capacidad de deseo por encima de los sentidos, como el acto simple de tomar conciencia.

Se medita seguidamente la soledad de Dios en su tranquilo aislamiento, donde ni palabras ni obras alteran la esencia divina. Allí nada turba. Todo es calma, secreto, Dios. Solo Dios es quien habita allí. Nada extraño puede penetrar en su morada. Ni criatura ni imagen ni modalidad alguna.

De esta soledad habla Nuestro Señor cuando dice por el Profeta: «*Conduciré a los míos al desierto y les hablaré al corazón*» (Os 2,14). Es la divinidad calmada y solitaria. Allí introduce a todos los que son susceptibles de recibir el soplo de Dios ahora y en la eternidad. La divinidad solitaria, como inmensidades de arena, lleva al desierto el fondo de tu alma libre.

Avanza, pues, hasta el desierto de Dios con el fondo de tu alma; el cual está ahora invadido por mala vegetación, vacío de todo bien, lleno de animales salvajes, que son tus sentidos, las facultades abandonadas a su vida bruta y animal.

Contempla luego las tinieblas divinas que, por su inefable fulgor, son oscuridad para las inteligencias humanas y angélicas. Como el resplandor del pleno sol, es sombrío deslumbramiento para los ojos. Toda inteligencia creada, por su naturaleza, frente a esta claridad de Dios, es como el ojo de la golondrina mirando al sol deslumbrador. Divino fulgor que nos arroja en ceguera de ignorancia, porque somos criaturas.

Hasta allí debes guiar el abismo de tus tinieblas, porque, estando privado de toda luz verdadera, están realmente en tinieblas. Invoca aquel abismo de las divinas tinieblas que es conocido sólo por Él, a quien las cosas desconocen.

Aquel abismo desconocido, innominado y beatificante, ejercita y levanta más amor y sed en el alma que cuantos conocimientos podamos alcanzar del ser divino en feliz eternidad.





Recogimiento

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 224)

Por tanto, estas personas, cuanto más olviden las criaturas, cuanto más desnuden de imágenes y cosas sus facultades, tanto más próximas están de que la Palabra eterna sea pronunciada.

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 225-226)

Es de todo punto necesario desprendernos de las cosas. A Dios le disgusta actuar sobre representaciones de la imaginación. El actúa en el alma, en su misma esencia sin que nadie conozca su divino ahondar.

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 227)

Asimismo nos exhorta el Apóstol a crecer en todo «*hasta Aquel que es la cabeza*» (Ef 4,15). No cesemos, pues, hasta que logremos alcanzarle. El mismo Apóstol fue arrebatado al tercer cielo (2Co 12,3) hasta contemplarle esencialmente. Vuelto en sí, de todo se olvidó.

Todo había pasado en lo más íntimo del alma, donde no hay acceso para el entendimiento, y por lo mismo eran cosas escondidas. El entendimiento no pudo seguirle y alcanzarle. No. Porque está fuera y Dios estaba dentro, dentro totalmente.

El Apóstol Pablo, aleccionado por esta experiencia, dice luego: «*Estoy seguro que ni la muerte..., ni criatura alguna..., podrá separarnos del amor de Dios*» (Rm 8,38), de aquella morada del alma que Él ha tomado para sí.

TAULER, SERMÓN SOBRE IS 9,5 –V1– (MARTÍN 214-215)

Es de todo punto necesario la vuelta al interior, entrar dentro de nosotros mismos, para que Dios nazca en el alma. Apremia lograr un fuerte impulso de recogimiento, recoger e introducir todas nuestras facultades, inferiores y superiores, y mudar la dispersión en concentración, pues, como dicen, «la unión hace la fuerza».

Cuando un tirador pretende atinar un golpe certero en el blanco, cierra un ojo para fijarse mejor con el otro. Así, el que quiera conocer algo a fondo, necesita que todos sus sentidos concurren en un punto, dirigirlos al centro del alma de donde salieron.

ECKHART, DEL DESASIMIENTO (BRUGGER 243).

El desasimiento arrastra a la persona a la pureza y desde la pureza a la simpleza y de la simpleza a la inmutabilidad; y estas cosas producen semejanza entre Dios y el ser humano; y la semejanza debe darse en la gracia, ya que la gracia arrebató a la persona separándola de todas las cosas terrenales, y la purifica de todas las cosas perecederas.





Textos de espiritualidad dominicana

ECKHART, PLÁTICAS INSTRUCTIVAS, 6 (BRUGGER 97).

Esta actitud de desasimiento no la puede aprender el ser humano mediante la huida, es decir, que exteriormente huya de las cosas y vaya al desierto. Al contrario, él debe aprender a tener un desierto interior dondequiera y con quienquiera que esté.

Debe aprender a penetrar a través de las cosas y a aprehender ahí dentro, y a ser capaz de imprimir la imagen de Dios en su fuero íntimo, vigorosamente, de manera esencial.

TAULER, SERMÓN SOBRE MT 11,30 –V6– (MARTÍN 240-241)

Se lee en las *Vitae Patrum* que había un santo anciano de tal suerte liberado de imágenes de criaturas que ya nada podía distraerle. Ocurrió que un hermano llamó a la puerta de su celda para pedirle prestada alguna cosa. Se volvió el anciano a buscarlo, pero apenas se apartó, olvidó lo que iba a alcanzar y al que esperaba.

Llamó el hermano otra vez, salió el anciano a la puerta, y enterado, partió de nuevo a buscar lo demandado. Pero vuelto a su interior también ahora se olvidó.

Golpeada por tercera vez la puerta, salió el anciano y dijo: «Te ruego que entres y te llesves lo que pides, pues me es imposible retener mi memoria ocupada tanto tiempo con la imagen de este objeto. Hasta tal punto mi alma vive en desnudez de toda imagen».

TAULER, SERMÓN SOBRE 1 P 4,7 –V23– (MARTÍN 274)

Hay distintos grados de desprendimiento para prepararse en la espera del Espíritu.

- Algunos lo reciben más acentuadamente en la sensibilidad y la imaginación.
- Otros de manera mucho más noble en sus facultades superiores, particularmente la razón, muy superior a las facultades sensibles.
- Otros, en fin, lo reciben en el fondo misterioso de su alma, en el reino secreto, en el fondo delicioso donde permanece oculta la noble imagen de la Santísima Trinidad ¡Oh, con qué gozo el Espíritu Santo encuentra allí su sitio! Allí da sus dones a su modo divino.

Renuncia

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 229)

Los filósofos y cuantos, con las fuerzas de la razón, han intentado investigar, descubrir y enseñar esta verdad, no alcanzaron a conocer la ciencia de este fondo del alma. Ciencia que con mucha razón consideran, sin embargo, como una «ignorancia» más rica y compleja que todos los demás conocimientos. Por ella se libera la persona de las cosas cognoscibles, se desprende de sí misma y sube a Dios.

Lo insinúa el Señor diciendo: «*Si alguno viene donde mí y no renuncia a su padre y a su madre... y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo*» (Lc 14,26). Como si dijera: «Quien se niega a abandonar todas las cosas creadas, rechaza este divino nacimiento, la Palabra del Padre, que de tanto provecho le sería».





Textos de espiritualidad dominicana

El divino nacimiento será dado a quien procure despojarse de todas las cosas exteriores y de sí mismo.

Estoy seguro de que aquel a quien sean dadas estas gracias nada del mundo le arrancará de su unión con Dios.

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 227-228)

Dice el Profeta: «Señor, recibe de él este espíritu y dale tú el tuyo» (cf. Ez 36,26; Sal 50,12). Y el alma, muy complacida, insinuándolo dice: «*Mi alma ha desfallecido cuando el Amado me habló*» (Ct 5,4). Como si dijera: «Entrando Él, que es la vida, es necesaria mi muerte».

Esto mismo indica Cristo cuando dice: «*Todo aquel que haya dejado padre o madre por mí, recibirá el ciento por uno*» (Mt 19,29).

Y en otro lugar: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*» (Mt 16, 24).

Y «*el que me sirva que me siga*» (Jn 12,26).

TAULER, SERMÓN SOBRE IS 9,5 –V1– (MARTÍN 217)

Aparentemente una virgen es una persona estéril, pero es la más fecunda en su interior.

De esta manera, el alma virginal de la que aquí hablamos, habrá de cerrar el corazón a todas las cosas exteriores, sin esclavizarse a ninguna criatura, aunque, al parecer, los frutos fueren escasos.

De este modo procedió siempre María quien dio cabida en su corazón únicamente a la Palabra del Señor.

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 16,28 (SANDOVAL 615)

El abandono no deja vacío a quien lo practica, sino que le aporta pobreza de espíritu y todas las virtudes. Es más, aunque uno posea riquezas y bienes terrenales, podrá ofrecer a Dios una pobreza integra de espíritu.

Ciertamente, los bienes materiales no son un obstáculo para la verdadera imitación de Cristo, siempre que observes estos tres requisitos indispensables.

- De los bienes materiales toma solo los imprescindibles para tu subsistencia, y hazlo como un mendigo que tiene que suplicarlos cada día de puerta en puerta.
- Si sabes que algún amigo de Dios anda necesitado, ofrécele tus bienes con generosidad, como si realmente fueran suyos. Lo que desees para ti, deséalo también para tu prójimo.
- Si eres desposeído de tus bienes, mantente sereno y calmado en el fondo del alma y en la voluntad, como si nunca los hubieses poseído.





Textos de espiritualidad dominicana

Quien observa perfectamente estas tres condiciones, ese es verdaderamente pobre en espíritu aunque sea dueño de un imperio. Suyo es, sin duda, el Reino de los Cielos y en el día del juicio final se sentará con Cristo juez en su tribunal. Cuantos mueran en este noble estado de verdadera pobreza, juzgarán a todos aquellos que la hayan despreciado en esta vida (cf. Mt 19,28).

Debe advertirse, sin embargo, que nuestro Señor dijo: «*Bienaventurados los pobres en espíritu*» (Mt 5,3), no en bienes. Pues es verdaderamente pobre en espíritu aquel que no se deja poseer por las cosas que posee, ni éstas le llenan de tal modo que ya no sienta la necesidad de extender su mano a Dios suplicándole humildemente su gracia y su generosa compasión, y pidiéndole incluso que se le entregue Él mismo.

Según santo Tomás, si una persona posee bienes materiales sin apearse a ellos y se contenta sólo con lo necesario para la vida, esta pobreza voluntaria le hace más libre y más noble que la pobreza que obliga a mendigar de puerta en puerta cada día.

El poseer lo imprescindible para la vida no merma en nada la verdadera pobreza. Además, quien tiene lo necesario, no tiene que buscar en otra parte. Así, su «hombre interior», una vez libre de toda preocupación por las cosas materiales, puede entregarse a Dios con absoluta dedicación.

San Bernardo fue el más honrado de los hombres de su tiempo, incluso más que el Sumo Pontífice; sin embargo, el jamás concedió a ese hecho la más mínima importancia.

Santo Tomás afirmó algo digno de ser recordado. Según él, si se quiere comprobar si un hombre es perfecto, compruébense estas dos cosas:

- primero, si sus palabras son tontas y pueriles;
- segundo, si ambiciona honores y huye de ser despreciado y subestimado o no soporta el desprecio con ánimo alegre.

Si descubres en una persona estas dos características, no la tengas por perfecta, haga lo que haga, pues carece de todo fundamento de la verdadera virtud.

Quien no quiere sufrir pacientemente: está cerca de su perdición.

SUSÓN, DIÁLOGO DE LA VERDAD, V (SANDOVAL 501-502)

El siervo bueno y fiel es introducido en el gozo de su Señor (cf. Mt 25,21) para saciarse de la inmensa abundancia de la casa de Dios (cf. Sal 35,9). En cierto modo le sucede –es un decir– como a un borracho, pues se olvida de sí mismo y no es dueño de sí, sino que parece completamente desposeído de su «yo», profundamente perdido en Dios y hecho un solo espíritu con Él (cf. 1Co 6,17), como una gotita de agua diluida en gran cantidad de vino. Como la gotita de agua pierde su propia cualidad y adquiere el gusto y el color del vino, así también quienes disfrutan de una felicidad perfecta son desposeídos inefablemente de todo deseo humano, se pierden a sí mismos y se abisman completamente en la voluntad de Dios.

Si así no fuera, si aún quedara en la persona algo de lo que no estuviera totalmente despojada, en ella no podría ser cierta la palabra de la Escritura según la cual «*Dios será todo en todas las cosas*» (1Co 15,28).





Textos de espiritualidad dominicana

Ciertamente, en ella perdura su propio ser, pero de otra forma: revestida de otra gloria, dotada de otro poder. Eso es lo que sobreviene a la persona como consecuencia del profundo abandono o desposesión de sí misma.

Pero, cuidado, en cuanto al hecho de que una persona pueda llegar en esta vida a aniquilarse en forma o grado de perfección tan alto que muera por completo a sí misma en el gozo y en el sufrimiento, y que ya no se ame ni se contemple sino únicamente en Dios, según la más perfecta comprensión: esto yo no alcanzo a entenderlo. Si hay alguien que lo haya conseguido en vida, que dé un paso al frente. En mi opinión, eso es imposible.

De todo lo expuesto deduce tú mismo la respuesta a tu pregunta. El recto abandono de una persona noble en esta vida se asemeja al abandono de los bienaventurados, de quienes se ha dicho que se han hecho más o menos uno o se han unido con Dios.

Humildad

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 10,23 –V64– (MARTÍN 316-317)

Los hombres fuertes y dueños de sí mismos querían ver, y no vieron jamás. Querían ver, y se vendaron los ojos con la propia voluntad. Porque, amigos, es en la propia voluntad donde está el mal.

La propia voluntad es verdaderamente el sujeto y estorbo que impide la visión: ciega los ojos interiores como una membrana –como cataratas que recubren los ojos corporales–, impidiéndoles ver.

Por eso el ojo no puede tener color, para que así pueda ver todos los colores. Lo mismo los del alma: han de permanecer puros de todo querer y no querer, si desean ver claramente la felicidad.

La propia voluntad es multicolor de colores mundanos, tosca y plenamente orientada hacia fuera.

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 10,23 –V64– (MARTÍN 317)

Se puede decir, en realidad, que el ser humano está compuesto de tres hombres en uno.

- El primero es el hombre exterior, animal, sensual.
- El segundo es el hombre razonable, con sus facultades superiores.
- El tercero es el impulso substancial, cima del alma.

Todo ello reunido no hace más que un solo hombre.

Y, a la vez, hay una diversidad disgregante en la propia voluntad. Por lo que cada uno de esos tres hombres quiere y tiende a su manera.

Mis amigos, hay que tronchar la propia voluntad, como lo ha dicho el Señor: «*He bajado del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*» (Jn 6,38).





Textos de espiritualidad dominicana

Cuanto más extensa y profunda permanezca en ti la propia voluntad, sábelo bien, así te verás privado de la felicidad. Porque la felicidad auténtica viene del verdadero abandono, del desprendimiento de la propia voluntad.

Nace en el fondo de la humildad: es allí donde se pierde la propia voluntad. Porque la voluntad es precisamente como el puntal sobre el que descansan los cimientos de todo el edificio. Si pudiésemos derribar la pilastra, los muros se derrumbarían.

Cuanto más pequeños y humildes somos ante Dios, tenemos menos voluntad propia.

ECKHART, DEL DESASIMIENTO (BRUGGER 254).

El fundamento más firme sobre el cual puede erguirse esta perfección es la humildad, porque el espíritu de aquel cuya naturaleza se arrastra aquí en el rebajamiento máximo, levanta vuelo hacia lo más elevado de la Divinidad [...]

Quien desea alcanzar el perfecto desasimiento, que corra tras la perfecta humildad, así se acercará a la Divinidad.

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 10,23 –V64– (MARTÍN 316)

Pero consideremos el camino que conduce a la felicidad verdadera; de él hemos venido hablando en estos días. Es el camino de la auténtica humildad, el de renunciar plenamente a sí mismo, a criterios personales. Es olvidarse de sí, de lo que se ha hecho o de los planes personales que se tienen.

Despojarse de todo para ceñirse a la consideración de la propia nada. ¡Esta profunda verdad! Porque si hay allí algún valor: no eres tú, es Dios únicamente.

TAULER, SERMÓN SOBRE MT 15,21 –V9– (MARTÍN 249. 252)

Jesús muy duramente respondió a la cananea: «*No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel. No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros*» (Mt 15,26).

Procedía el Señor con tal dureza y desprecio que no se contentó con darle una mera negativa. Con palabras irrefutables le echó en cara que no sería justo otorgarle la gracia. No sólo le negó el pan, tan necesario y corriente: le negó el privilegio de hija. Ni siquiera reconoció en ella su condición humana, pues la trató como a un perro. ¿Cómo habría podido someterla a mayor prueba, acosarla y angustiarla con mayor intensidad?

¿Qué hizo ella para salir airoso del apuro? No protestó. Lo aguantó con mansedumbre y se dejó torturar muy complacida. Ella fue más lejos en el propio desprecio, hasta el fondo del abismo, y respondió con humildad: «De acuerdo, Señor, ni siquiera soy un perro, apenas un cachorro». Al mismo tiempo guardaba plena confianza y añadió: «*Si, Señor, también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos*» (Mt 15,27).





Textos de espiritualidad dominicana

¡Oh, si fuese posible tocar este fondo de verdad! No por medio de comentarios eruditos o por aquello que palpan los sentidos, sino por lo que alcanza directamente el fondo, el hondón trascendido [...]

Mis amigos, éste es el camino para llegar hasta Dios: total abnegación de sí mismo y de toda posesión. Si alguno pudiera conseguir una gota de esta renuncia, aunque fuere una sola chispita, habría merecido prepararse para la obra de Dios en lo más hondo del corazón, donde Él tiene su morada. Habría sido mejor que despojándose de todos los atuendos para darlo a los más necesitados, o que comer espinas y piedras, si esto la naturaleza lo aguantase.

Un instante sinceramente vivido con esta resignación, será más útil que cuarenta años de prácticas escogidas con propiedad y complacencia.

Desgraciadamente, muchos, incluso religiosos, lo desprecian.

TAULER, SERMÓN SOBRE 1 P 4,7 –V23– (MARTÍN 274)

¿En qué consiste la desnudez espiritual? Consiste para el hombre en separarse por completo de todo lo que no es pura y simplemente Dios, ver si sólo Dios es el objeto de su intención. Si descubre algún otro deseo no relacionado con Dios, que lo corte y eche fuera.

Esto, por lo demás, no es exclusivo de la persona noble y consagrada a la vida interior. Es deber de toda persona honrada. Hay, en verdad, muchas y honradísimas gentes que hacen cosas muy laudables, pero que no saben nada de la vida interior. Tienen asimismo obligación de examinar aquello que les podría separar de Dios a fin de abandonarlo por completo. Tal desapego es absolutamente necesario para quien desee recibir al Espíritu y sus dones.

No ha de buscarse más que a Dios y desasirse de todo aquello que le desagrede.

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 1,19SS (SANDOVAL 592)

Los fariseos y los herodianos, como acabáis de oír, preguntaron a Juan quién era. ¿Qué les respondió aquel príncipe del cielo, aquel lucero de la mañana, aquel arcángel?: «yo no soy», les dijo. Según el evangelista, «confesó y no negó: yo no soy» (Jn 1,20).

Este «yo no soy» que dio el Bautista por respuesta nadie quiere pronunciarlo. Al contrario, todos huyen o reniegan de él.

¡Cuán pocos son los que quieren renunciar a ser o parecer algo, ya sea en el espíritu o en la naturaleza! Quien fuera capaz de pronunciar sinceramente esas tres palabras con el divino Juan, ese habría encontrado sin duda el camino más corto hacia la Verdad que pueda hallarse en esta vida. Para esto no es excusa ni la vejez, ni la enfermedad, ni la pobreza, ni la riqueza.

¡Qué tesoro inestimable yace oculto en este «no ser»! Pero, ¡ay!, nadie quiere emprender este camino, nadie renuncia a ser algo en este mundo. Es más, todos somos y queremos y hemos querido siempre ser algo. En esta trampa caen casi todos los seres humanos, pues apenas hay quien quiera negarse a sí mismo. Por este motivo, les resulta mucho más fácil realizar diez obras exteriores que abandonarse perfectamente a la voluntad de Dios.





Textos de espiritualidad dominicana

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 1,19SS (SANDOVAL 593)

En cambio, la voluntad de «ser nada» procura, favorece y conserva una paz verdadera, íntegra, inalterable y perpetua en cualquier estado de vida, en todo lugar y con todas las personas. En esta vida no hay nada más dichoso, seguro y noble. Pero, ¡ay!, cómo despreciamos todos este «ser nada», ricos y pobres, muchachos y muchachas, viejos y jóvenes.

Leemos en el evangelio de Lucas que un fariseo rico invitó a Cristo a comer en su casa (cf. Lc 7,36-50). Alimentar a Cristo y a todos sus discípulos era, qué duda cabe, una obra buena, aunque allí había otros muchos. Este fariseo tenía una intención piadosa. ¿Qué le faltaba entonces? Aquel noble «yo no soy» (Jn 1,20). ¿Que cómo lo probamos? Escuchad.

Mientras comían, llegó una pecadora que, echándose a los pies del Salvador, confesaba desde lo más profundo de su ser: «yo no soy». Por esta confesión, ella ha sido elevada sobre todos los cielos y sobre muchos coros de ángeles, según yo creo. Postrada en tierra a los pies de Jesús, desde el fondo más íntimo de su corazón decía: «yo no soy», y precisamente de ahí, es decir, de ese fondo, surgía un eterno y perdurable «Yo soy». Y nuestro Señor le concedió todo lo que deseaba.

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 1,19SS (SANDOVAL 592)

Volviendo a lo dicho anteriormente, la mujer pecadora se abandonó sólo a Cristo. Nosotros debemos entender esto del modo siguiente: abandonarse por amor a Dios es confiarse a Él por completo.

Muchos se abandonan a Dios, pero no quieren abandonarse a los hombres; aceptan ser afligidos y oprimidos por Dios, no por los hombres. ¡Flagrante error! Debemos abandonarnos a Dios como a Él le parezca. Si un semejante nos induce a considerar nuestra vileza y nuestra nada, aceptemos de buen grado y hasta con agradecimiento que se nos llame verdaderamente lo que somos: unos «yo no soy» (Jn 1,20).

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 1,19SS (SANDOVAL 596)

Tened esto por cierto: nadie debe creerse un «hombre abandonado» mientras quede una sola gota de sangre en su carne o una pizca de medula en sus huesos que no hayan sido consumidas por amor al verdadero abandono. Más aun, hasta que uno no haya conquistado la última partícula del verdadero abandono, no podrá disfrutar de la visión de Dios ni experimentar la beatitud suprema en esta vida temporal o en la vida eterna.

El grano de trigo, para que dé fruto, debe morir primero (cf. Jn 12,24). Y si muere, dará mucho fruto. En consecuencia, hijos míos, es preciso morir, extinguirse, aniquilarse, para poder decir: «yo no soy» (Jn 1,20).

Aquí no se llega únicamente con deseos, promesas y plegarias: es necesario conquistar este «yo no soy» con el sacrificio de las obras, pues lo que nada cuesta nada puede valer. Si el abandono pudiera obtenerse sólo con los deseos y las plegarias, sin gasto, fatiga ni esfuerzo, no valdría nada. Pero esto no puede ser así.





Textos de espiritualidad dominicana

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 16,28 (SANDOVAL 610)

Ese abandono no solo es necesario a los principiantes, sino que ha de mantenerse hasta el final. Nadie practica un abandono tan absoluto que ya no le quede nada que abandonar.

Por eso se equivocan quienes creen que en esta vida se puede llegar a un grado perfecto de abandono, pues siempre queda algo que mortificar, alguna cosa a que renunciar. Cuanto más alto llega uno, tanto más estricto ha de ser su abandono.

SUSÓN, SERMÓN SOBRE JN 16,28 (SANDOVAL 612)

Grande es la ceguera de los hombres, pues creen que con sus obras pueden ganarse el favor divino, como si a Dios se le pudiera forzar. Además, todo lo hacen por sí mismos, por propia voluntad, con vana autocomplacencia y siguiendo los dictados de su naturaleza. Pero a la perfección no se llega con nuestros propios esfuerzos, sino por medio del abandono, la mortificación y el desapego.

Por eso, mientras quede en la persona una sola gota de sangre sin mortificar ni vencer, todavía no ha llegado a la verdadera perfección. Así debe interpretarse la sentencia de san Pablo que dice: «*Y vivo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí*» (Gal 2,20).

Mientras hay en el ser humano algo que no sea Dios, ya sea el propio ser humano o cualquier otra criatura, Dios no puede vivir perfectamente en él.

Desasimiento en la vida activa

TAULER, SERMÓN SOBRE EF 4,23 –V56– (MARTÍN 329-330)

Estando tú ocupado en el simple abandono en la voluntad de Dios, si Él te pide abandonar ejercicio tan noble y elevado, para servir a un enfermo y prepararle manzanilla, deberás hacerlo con gran paz.

Si yo fuere tal persona y debiera dejar este ejercicio para irme a predicar o cumplir un ministerio parecido, bien podría ser que Dios me estuviese más presente y que hiciese más bien por esta obra exterior que en la profunda oración.

Cuando este hombre noble se ha ejercitado en la conversión interior durante la noche y también un poco en la mañana, podrá ir en paz a sus quehaceres, como Dios haya dispuesto a cada uno.

Ponga su atención en Dios mientras trabaja, pues Dios le acompaña. A veces mejor que, momentos antes, en la contemplación.





Unión con Dios

El fondo del alma

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 10,23 –V64– (MARTÍN 314)

Dice san Lucas: «*Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis*» (Lc 10,23).

¿Cuáles son esos ojos de bienaventuranza? Significan ante todo la consideración interior y espiritual de la grande y rara nobleza, en la cual consiste nuestro parentesco espiritual con Dios y que Él ha puesto en el fondo de nuestra alma.

TAULER, SERMÓN SOBRE LC 10,23 –V64– (MARTÍN 320)

Estando ya sosegada, el alma ve la propia esencia y facultades y se reconoce imagen razonable de aquel de Quien salió.

Felices los ojos que pueden penetrar hasta aquí, que se fijan simple o esencialmente en esto: el noble «impulso substancial», sumergiendo hasta el abismo su mirada.

Es la maravilla de las maravillas lo que entonces se descubre, dice el Obispo Alberto Magno, es lo que hay de más puro y más seguro. Lo que nunca puede ser quitado, lo que nunca impide caminar, lo que menos nos entretiene.

TAULER, SERMÓN SOBRE EF 4,23 –V56– (MARTÍN 327)

¡Mis amigos! Éste es el fondo del alma donde mora oculta la imagen trinitaria. Es tan noble que ningún nombre le cuadra. Se le llama «fondo» y a veces dicen que es la «cima». Ningún nombre le conviene, como a Dios, de quien no puede decirse con palabras lo que es.

Si alguno pudiese ver cómo Dios habita en este fondo, creería estar en la gloria.

La proximidad y parentesco que existe entre este fondo y Dios es una maravilla tan inefable que es imposible definirlo y apenas habrá quien ose balbucirlo.

ECKHART, SERMÓN SOBRE LC 10,38 (BRUGGER 278)

El fondo del alma está libre de todos los nombres y desnudo de todas las formas, completamente desasido y libre, tal y como Dios es desasido y libre de sí mismo.

Es tan enteramente uno y simple, como Dios es uno y simple. Así que, una persona, mediante ningún modo de ser logra mirar adentro.





Textos de espiritualidad dominicana

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 221).

Todo tiene lugar en la más pura y noble porción del alma, en el fondo esencial, en lo más recóndito.

Allí está la sede del silencio a media noche.

Allí ninguna imagen ni criatura logró entrar jamás.

Allí el alma no hace nada, no sabe nada, no entiende nada.

Allí el alma no tiene imagen de sí misma ni es posible que la haya de ninguna otra criatura.

TAULER, SERMÓN –V40– (MARTÍN 351)

La llama del amor prende fuego al haz de las virtudes. Se levanta una nube de humo, opaca, en la cual tu espíritu, quizás por espacio de un Avemaría, queda arrobado. La razón y sentidos desfallecen.

En estas tinieblas, Dios te habla de verdad, como está escrito: «*Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente saltó del cielo, desde tu trono real*» (Sb 18, 14-15).

Una palabra misteriosa fue entonces pronunciada. Los que pueden entenderla captan el sopro del susurro.

El nacimiento de Dios en el fondo del alma

TAULER, SERMÓN SOBRE JN 3,11 –V60 D– (MARTÍN 281)

Procurad, pues, que la Trinidad nazca en vosotros de verdad. No por operación de entendimiento, sino esencialmente, en el fondo del alma.

TAULER, SERMÓN SOBRE JN 3,11 –V60 D– (MARTÍN 282)

Otros doctores, con mucha más acertada opinión, dicen que la imagen de la Santísima Trinidad reside en lo más íntimo, en lo más secreto, en lo más profundo. En el oculto centro del alma está Dios esencial, real y sustancialmente. Es allí donde Dios opera expandiendo su ser divino, disfrutando de sí mismo.

Fondo del que Dios no puede separarse, porque Él ha dispuesto eternamente que nunca quiere ni puede ausentarse de allí. Este fondo posee por gracia lo mismo que Dios es por naturaleza.

La gracia nacerá allí en la medida en que el ser humano, de la manera más noble, se consagre y abandone a este fondo.





Textos de espiritualidad dominicana

TAULER, SERMÓN SOBRE IS 9,5 –V1– (MARTÍN 215-216)

Si de tal modo el hombre preparase su morada, el fondo del alma, Dios lo llenaría sin duda alguna, lo colmaría. Si no, los cielos se romperían para llenar el vacío. La naturaleza tiene horror al vacío, dicen. ¡Cuanto más sería contrario al Creador y su divina justicia abandonar un alma así dispuesta!

Elige, pues, una de dos: callar tú para que hable Dios o hablar tú para que Él calle.

Debes hacer silencio. Entonces será pronunciada la Palabra que tú podrás entender y nacerá Dios en el alma.

En cambio, ten por cierto que, si tú insistes en hablar, nunca oirás su voz.

Lograr nuestro silencio, aguardando a la escucha del Verbo, es el mejor servicio que le podemos prestar. Si sales de ti completamente, Dios se te dará en plenitud, porque en la medida en que tú sales, Él entra. Ni más ni menos.

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 220)

Por consiguiente, para que se realice este nacimiento es absolutamente necesario que el alma se haya purificado del todo y viva en máxima fidelidad, en profundo recogimiento.

Renuncie el alma a vivir de las impresiones sensuales y de la distraente multiplicidad de las criaturas.

More ella en su interior, totalmente solitaria, en la porción más noble de sí misma.

Aquí está el lugar del nacimiento.

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 221-222)

En el fondo del alma reina ahora un silencio, silencio de media noche, en expectación de este divino nacimiento.

Entonces, Dios Padre pronuncia su Palabra.

ECKHART, SERMÓN SOBRE SB 18,14 (MARTÍN 225)

En tal alma, sosegada, pronuncia Dios su Palabra y se pronuncia a sí mismo. A sí mismo, digo, no una imagen. Como dice Dionisio: *«Dios no tiene imagen ni semejanza de sí mismo, porque Él es todo bien, toda verdad, toda esencia. De un vistazo contempla y perfecciona las obras en sí mismo»* y por sí mismo.





«Divinización»

SUSÓN, CARTA A ELSBETH STAGEL (SANDOVAL 562)

Hija mía, algo parecido podría decir yo desde que ha llegado hasta mí la gratísima nueva de que en tu corazón ha prendido la llama de un amor ardiente hacia la eterna Sabiduría.

Por lo que sé, una nueva luz está obrando en tu interior increíbles y secretas maravillas, y que bajo su influjo tu corazón sufre suaves heridas, un dulce dolor, un amor desbordante y, finalmente, un éxtasis indescriptible.

TAULER, SERMÓN SOBRE EF 4,23 –V56– (MARTÍN 328)

Esta interna operación es la más noble, la más pura renovación que puede darse: «*Yo te he engendrado hoy*» (Sal 2,7).

Cada vez que el espíritu –con todo lo que él tiene– se sumerge plenamente en este fondo, para levantarse hacia lo más íntimo de Dios, será recreado y renovado. Dios inunda y sobreinforma entonces el espíritu, tanto más cuanto que éste, con mayor fidelidad y pureza haya seguido el camino, teniendo en Dios exclusivamente la intención.

Dios se expande en él como el sol se difunde por el aire. La luz se extiende y penetra hasta tal punto que no hay quien perciba y discierna dónde una termina y sigue el otro. ¿Quién, pues, podrá establecer separación en esta sobrenatural y divina unión en unidad, donde el espíritu es atraído y absorbido en el abismo del fondo del alma?

Si alguien pudiese ver el espíritu en tal estado, «divinizado», creería sin duda alguna haber visto al mismo Dios.

TAULER, SERMÓN –V40– (MARTÍN 355)

A esta persona, pues, dócil a Dios, fiel hasta el extremo en sus angustias, el Señor le va a responder dándose Él mismo en recompensa.

La amistad se profundiza y Dios le hace partícipe de su felicidad.

Allí el espíritu se halla tan deliciosamente arrebatado, tan totalmente penetrado e inundado por la Divinidad, tan arrobado en Dios, que pierde toda diversidad en la unidad.

A éstos Dios les libra incluso aquí –en la tierra– de toda su aflicción y reciben un anticipo de lo que ha de ser su gozo eternamente.

Éstos son fundamento para la Santa Iglesia. Si ellos no existiesen, la cristiandad sería una ruina. Perecería. Su presencia, el mero hecho de existir, es más precioso y útil que la actividad de todo el mundo.

De ellos ha dicho el Señor: «*El que os toca a vosotros, toca a la niña de mi ojo*» (Zac 2,8) ¡Que nadie se atreva a hacerles daño!





Textos de espiritualidad dominicana

SUSÓN, DIÁLOGO DE LA VERDAD, VII (SANDOVAL 509)

Un hombre abandonado puede llegar en esta vida a sentirse uno con Aquel que es la Nada respecto de todas las cosas captables por los sentidos o expresables en palabras. A esa Nada es a la que llamamos comúnmente «Dios», que, en sí mismo, es el Ser sobre todo ser.

En ese fondo, un hombre abandonado se reconoce uno con esta Nada, y esta Nada se conoce a sí misma sin que precise del ejercicio de la inteligencia.

Pero has de saber que en todo esto se esconde el misterio. Un misterio en el que hay que profundizar.

